

TERÁN, O. *Discutir Mariátegui*. México: Universidad Autónoma de Puebla, 1985.

Terán, O. *En busca de la ideología argentina* Buenos Aires: Catálogos, 1986.

VÁZQUEZ, K. Intelectuales y Política: la “nueva generación” en los primeros años de la reforma Universitaria. *Prismas*, Revista de Historia Intelectual, n. 4, 2000, p. 59-75.

Virajes políticos y debates intelectuales: peronismo, gremialismo letrado y campo cultural comunista en la década de 1950

Adriana Petra
Lich-Unsam/Conicet

Este capítulo se ocupa del modo en el que un fenómeno de carácter global, el escenario político-ideológico de la segunda posguerra, impactó en una pequeña escala, la del sector intelectual de un partido minoritario y perseguido, pero aún importante en la escena latinoamericana como era el Partido Comunista Argentino (PCA).¹ Los comunistas argentinos, y entre ellos sus intelectuales, debieron procesar las coordenadas político-ideológicas de la Guerra Fría en un momento que será crucial para toda su historia posterior: el que los enfrentó, no sin conmoción, al hecho de que un militar surgido de un golpe de “tintes fascistoides”, para decirlo en sus términos, organizará tras de sí un movimiento político que les sustrajo de un modo definitivo la adhesión política de la clase obrera y los sectores populares.

Este proceso, que no careció de tintes dramáticos, será observado a partir de las repercusiones en el espacio cultural del drástico cambio de rumbo que el partido experimentó por un breve tiempo a fines de 1952, cuando el entonces secretario de organización, Juan José Real, se puso al frente de una política de colaboración con el gobierno de Juan Domingo Perón. Esta

1. Este texto retoma argumentos planteados en el libro *Intelectuales y Cultura Comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra* (2017).

decisión tuvo consecuencias en las estructuras organizativas e institucionales y provocó el primer gran quiebre del frente intelectual antifascista en el cual los comunistas se habían movido desde los 1930.

Tomando como punto de observación un episodio político-partidario, el capítulo observa un problema común en los estudios sobre el mundo intelectual comunista: las tensiones entre las lógicas políticas y culturales frente a la difícil colocación de los intelectuales comunistas ante principios de autoridad y legitimidad antagónicos como los que provenían de las dirigencias partidarias y aquellos fundados en jerarquías, consensos y tradiciones del mundo letrado. Desde el punto de vista de las ideas y debates intelectuales, el episodio condensa tempranamente toda una serie de tópicos ideológico-culturales que atravesaron la relación de las elites letradas (incluyendo las elites de izquierda) y el peronismo desde sus inicios, y que harán eclosión una vez que Perón sea desalojado del poder por un golpe de estado en 1955. En este marco se analizan discusiones en torno a la agremiación de los escritores, su función social y sus organizaciones específicas, las posiciones y perfiles de algunos de los intelectuales que participaron en los debates y las lecturas que éstos hicieron sobre temas tales como el peso de la tradición liberal en la identidades políticas argentinas, la relación entre elites y pueblo y la caracterización de la experiencia peronista en el contexto del reverdecimiento del antimperialismo comunista de Guerra Fría.

Del “browderismo” al antimperialismo: formas culturales

De acuerdo a las coordenadas marcadas por el enfrentamiento bipolar de posguerra, los escritores y artistas comunistas latinoamericanos emprendieron una tarea de “redescubrimiento” de las culturas nacionales locales, lo que en algunos casos, como en la Argentina, trajo aparejada una reconsideración de las tradiciones históricas y culturales liberales reivindicadas desde mediados de la década de 1930 en el marco de la lucha antifascista (PASOLINI, 2013). La consigna de que era necesario defender la soberanía nacional frente a los embates del imperialismo norteamericano se tradujo en términos culturales en la organización de un discurso que colocó en su centro la condena al “cosmopolitismo”.

En la mayoría de los partidos comunistas occidentales, el “cosmopolitismo”, tópico largamente transitado en las discusiones sobre la nacionalidad, fue el término elegido para designar los peligros de “americanización del mundo” y la ideología del “nacionalismo burgués”. En la URSS, no careció de una dimensión antisemita que alcanzó sus ribetes más vergonzosos con los procesos de Praga y el llamado complot de los médicos, entre 1952 y 1953 (VISACOVSKY, 2015). En América Latina, su énfasis antinorteamericano no dejó de establecer vínculos con aquellas corrientes de pensamiento que, desde la publicación de *Ariel*, del uruguayo José Enrique Rodó a principios del siglo XX, reservaba a las elites cultivadas la tarea de unificar los espíritus para defender los “valores propios” frente a la voluntad expansionista de los Estados Unidos (TERÁN, 2005).

Este fue un proceso que se manifestó de diversas maneras y no sin contradicciones. En el terreno de la creación artística y la crítica cultural se emprendió una condena a las formas y productos culturales identificados con la “penetración imperialista” y la “degeneración burguesa”, desde la filosofía existencialista hasta el arte abstracto, pasando por la sociología y el psicoanálisis hasta llegar a las historietas y la novela policial, lo que condujo al establecimiento de un discurso intelectual que, aun con matices, fue políticamente defensivo y estéticamente conservador. En el terreno organizacional, se buscó dotar a los intelectuales de estructuras de participación de carácter nacional y continental que fueran capaces de articular los mandatos antiimperialistas y pacifistas con reivindicaciones sectoriales y gremiales largamente postergadas, como el fue el caso de los Congresos Nacionales de Cultura y las Casas de la Cultura que se desperdigaron por diversos países (PETRA, 2017). Estas estructuras aspiraban también a consolidar un circuito alternativo de producción y circulación de productos y productores culturales en momentos en que la política intelectual y artística de Estados Unidos hacia la región adoptaba un discurso “internacionalista” muy claro en campos como las artes plásticas y las ciencias sociales (RIDENTI, 2011). Varios años antes de que los encuentros entre escritores latinoamericanos delinearán la fisonomía del compromiso intelectual en los marcos de una familia unida por el llamado cubano (GILMAN, 2013, p. 103), los comunistas se habían propuesto superar la “incomunicación” entre los artistas e intelectuales del continente para

“trabajar por la paz” y enfrentar el imperialismo norteamericano en el terreno que les era propio.

Aunque los tópicos de un nacionalismo popular circulaban en la cultura de izquierdas desde la década de 1920 y ocuparon un lugar sustancial en el establecimiento de una geografía antimperialista específicamente comunista, la derrota del nazismo y el fin de la guerra produjo una transformación de las nociones de nacionalismo e internacionalismo. Perry Anderson lo ha explicado como uno de los grandes hitos del siglo XX:

Hasta aquel momento, las formas dominantes de nacionalismo – desde las ambiciones más nobles del patriotismo de la Ilustración hasta las crueldades más criminales del facismo – fueron siempre expresión de las clases acaudaladas, mientras que, desde el siglo XIX en adelante, las formas correspondientes de internacionalismo – cualesquiera que fueran sus vicios o límites – fueron expresión de las clases trabajadoras. Después de 1945, esta doble conexión – capital/lo nacional, trabajo/lo internacional – da una vuelta de campana. El nacionalismo se vuelve una causa predominantemente popular, de las masas explotadas e indigentes, en una revuelta intercontinental contra el colonialismo y el imperialismo occidentales. El internacionalismo, en el mismo lance, empieza a cambiar de bando, adoptando nuevas formas en las filas del capital. Esta constituiría una transformación preñada de consecuencias (ANDERSON, 2002, p. 16).

Aunque esta afirmación se puede relativizar si se atiende al peso que las luchas nacionales tuvieron en la conformación de las redes cominteristas hasta la cancelación del periodo de clase contra clase y el pasaje a la estrategia frente populista (DULLIN & STUDER, 2018), podemos aceptar que la emergencia de un nacionalismo antiimperialista ligado a los procesos de descolonización de posguerra alteró drásticamente el paisaje de la política internacional, incluyendo a la Unión Soviética, que desde mediados de la década de 1950 y en parte por efecto de la llamada “desestalinización” y el traslado de los conflictos a territorios extraeuropeos (China, Corea etc.) comenzó a prestar ayuda y atención a líderes nacionalistas asiáticos, africanos y latinoamericanos que hasta la víspera consideraba fascistas y retrógrados

(PONS, 2014; RUPPRECHT, 2015). Entonces, aunque en las tradiciones político-intelectuales latinoamericanas el antimperialismo no constituyera por cierto una novedad, en este periodo, parafraseando a Oscar Terán, la palabra, como Dios, estaba en todas partes.

Luego de la invasión alemana a la URSS en 1941, la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos se alinearon con el discurso patriótico emanado de Moscú y de los comunistas europeos, poniendo en segundo lugar los contenidos internacionalistas. En alguna medida, este viraje implicó un retorno a los principales postulados de la línea del frente popular, aunque con un claro acento en la supeditación de los intereses clasistas al esfuerzo de guerra de los aliados y al impulso por crear lo que primero fue llamado “Frente democrático nacional” y luego “Unidad Nacional”. La mayor parte de los partidos comunistas en América Latina se alinearon con la línea americanista y conciliadora desarrollada por el secretario general del partido comunista de los Estados Unidos, Earl Browder, quien postulaba el inicio de una era de amistad y colaboración entre el campo socialista y los Estados Unidos que habría de continuar aun pasada la guerra.

Los comunistas latinoamericanos avalaron la tesis según la cual el nuevo escenario de cooperación internacional jugaría un rol progresista en el desarrollo económico, político y social de la región, contribuyendo a su independencia económica mediante la eliminación de los motivos históricos de su atraso capitalista. Apenas finalizada la guerra esta línea fue condenada como “liquidacionista” y abandonada, aunque en algunos países mantuvo su vigencia mediante la consigna de la “unidad nacional” en contra de las “encarnaciones fascistas” representadas por los emergentes gobiernos populistas de la región (LEIBNER, 2011, p. 65 y ss). En la Argentina, el punto de consumación de esta política quedó plasmado en la participación de los comunistas en la Unión Democrática, alianza organizada para enfrentar a Juan Domingo Perón en las elecciones que le dieron la victoria en febrero de 1946 y que contó con el apoyo entusiasta del embajador de los Estados Unidos, Spruille Braden.

A partir de la constitución de la Cominform en 1948, la nueva línea soviética se basó en poner fin a la táctica frentista aplicada durante la guerra

y avanzar en la “unidad orgánica” y el “frente único por la base”. En Europa, esto supuso una lucha contra los socialistas y los socialdemócratas, que ahora se consideraban cómplices de los planes expansionistas de los Estados Unidos. Como ha explicado Gerardo Leibner (2011, p. 142), el diagnóstico soviético acerca de la incapacidad de las burguesías nacionales para defender las banderas de la nación y la democracia, tarea que ahora debía ser asumida por los comunistas, en América Latina implicaba abandonar las expectativas respecto a la función progresista de las postuladas burguesías locales y el quiebre de las alianzas con los partidos tradicionales, pero este fue más un cambio retórico que programático, pues no fue acompañado de ningún análisis alternativo que lo justificara en términos de una consideración marxista del contexto latinoamericano, del mismo modo que la cuestión del imperialismo no fue objeto de un estudio meditado que sobrepasara las consignas acerca de la defensa de la URSS y el alineamiento con la política exterior soviética.

Una vez más, los mismos conceptos pasaron a designar nuevas realidades. Mientras el “nazifascismo” y sus “formas criollas” fueron el enemigo principal, la política de alianzas de los comunistas se sostuvo en un discurso que apostaba al mantenimiento de un sistema democrático que asegurara los derechos civiles y diera el marco de legalidad para avanzar en las conquistas sociales. El nuevo agrupamiento internacional de posguerra, afirmaban ahora, se manifestaba en América Latina en los intentos de crear un bloque continental bajo la hegemonía económica de los Estados Unidos, para lo que era necesario eliminar los restos de democracia que sobrevivían en el subcontinente o apagarla allí donde era incipiente. Por esta razón, la lucha por la soberanía nacional se presentaba profundamente entrelazada con la “revolución agraria y antiimperialista” y la lucha por la democracia adoptaba un nuevo contenido bajo la forma de un “frente de liberación nacional y social”.

Para los comunistas, si hasta ese momento los pueblos habían enfrentado al fascismo en nombre de la democracia y la libertad, el nuevo orden internacional trastocaba las cosas a tal punto que ahora en nombre de la democracia se aplastaba al pueblo griego y se mantenía en el poder al dictador

Francisco Franco. Por esa razón, las viejas denominaciones eran inútiles para definir el contenido real de las fuerzas en pugna y el carácter de los enemigos: el imperialismo agresor y la oligarquía nacional. Fue de este modo que los comunistas latinoamericanos retomaron los motivos antiimperialistas que habían abandonado en 1935, aunque sobre nuevas coordenadas y motivos ideológicos, por cierto no siempre precisos ni situados.

La ruptura con el espacio liberal: la “crisis Real” y los intelectuales comunistas argentinos

Uno de los episodios más confusos de la historia del comunismo argentino, el intento comandado por Juan José Real de acercar el partido al peronismo gobernante, fue un golpe fatal para su espacio cultural, pues terminó de horadar la zona de contacto de los comunistas con la intelectualidad liberal.² En mayo de 1952, mientras Victorio Codovilla participaba en Moscú del XIX Congreso del PCUS, el PCA se sumergió en un intenso debate interno que culminó con el apoyo a la convocatoria de Perón a formar un frente popular unido que se opusiera a la conspiración golpista que, según el presidente, era organizada por el “imperialismo yanqui” y la oligarquía local. El Comité Ejecutivo del partido emitió entonces una declaración pública en la que convocaba a los comunistas a formar comités unitarios en cada

2. Con el nombre de “Crisis Real” se conoce el breve intento de acercamiento al peronismo que durante algunos meses del año 1952 fue comandado por el secretario de organización, al frente del partido mientras Victorio Codovilla se encontraba en Moscú participando del XIX Congreso del PCUS. Aunque el episodio sigue envuelto en un aire de confusión, todo parece indicar, como lo ha sugerido Isidoro Gilbert, que se trató de un cambio de rumbo propiciado por los soviéticos, interesados en encontrar un camino de colaboración diplomática con el gobierno argentino y mejorar su posición geopolítica en el continente, meta contradictoria con el antiperonismo que campeaba entre las dirigencias comunistas. Gilbert cita autoridades soviéticas que avalan la idea de que se trató de un intento de desestabilizar a Codovilla y torcer el rumbo antiperonista adoptado por el PCA, pues difícilmente un dirigente hubiera sido capaz por sí solo de tomar la decisión de un viraje semejante. Otros testimonios sugieren que el propio Codovilla avaló el movimiento. Cuando Codovilla estuvo de regreso en la Argentina terminó con el asunto y Juan José Real fue expulsado del partido en febrero de 1953, acusado de encabezar una fracción “nacionalista-burguesa” (GILBERTI, 1994, p. 179-184).

fábrica, lugar de trabajo y casa de estudio o cultura con la finalidad de facilitar la unidad de acción con los sectores obreros y populares del peronismo.³

A partir de entonces se inició una discusión “autocrítica” en todos los estamentos acerca de los “errores” que se habían cometido en la aplicación de la línea política sancionada en el XI Congreso de agosto de 1946 y ratificada en la VI Conferencia Nacional de noviembre de 1950. En ambas oportunidades, el partido había descartado su primera caracterización del peronismo como fascismo criollo o “naziperonismo” y adoptado la táctica de rechazar lo negativo y apoyar lo positivo. La contradicción fundamental dentro del peronismo, se dijo entonces, se daba entre los círculos dirigentes y los sectores obreros y populares influenciados por ellos. Para los comunistas, el triunfo de Perón había colocado al partido en el medio de dos presiones: la del campo del peronismo, que tendía a ponerlo a la saga del gobierno; y la del campo de la “oposición sistemática”, que tendía a aislarlo de las masas peronistas, además, lo incitaba a realizar una política de oposición por la oposición misma e incluso pretendía arrastrarlo a aventuras golpistas. Ante este panorama el partido debía mantener una línea independiente que abogara por la constitución de un Frente de Liberación Nacional y luchara contra la “oligarquía latifundista-reaccionaria, contra los monopolios imperialistas, contra los restos del fascismo y contra las fuerzas políticas que representan a esos sectores”, particularmente los grupos reaccionarios y profascistas del clero, principales atizadores de la campaña anticomunista y antisoviética. En el orden cultural, la tarea de los comunistas debía ser luchar contra el avance del “oscurantismo y el rosismo” y defender el carácter “científico, democrático y liberal” de la cultura argentina mediante la lucha por el restablecimiento de la enseñanza laica que el gobierno había eliminado y la promoción de los principios de la reforma universitaria.⁴

El punto de partida para el cambio de táctica de los comunistas fue el “Guión para la discusión sobre los resultados de la aplicación de la línea

3. “Declaración del PC a propósito del discurso del Gral. Perón invitando a los trabajadores a formar un ‘frente popular unido’ para desbaratar los planes de la conspiración oligárquico-imperialista”, Buenos Aires, 5 de mayo de 1952.

4. “11º Congreso. Periódico de preparación del 11º Congreso Nacional del Partido Comunista Argentino”, Buenos Aires, 28 de junio de 1946.

política sancionada por el XI Congreso” de setiembre de 1952, presumiblemente redactado por Juan José Real. En este documento se afirmaba que el partido había sido exitoso y consecuente en luchar contra la “tendencia capituladora” – como había demostrado la expulsión del historiador Rodolfo Puiggrós y sus seguidores –, pero insuficientemente enérgico en el combate contra el “sectarismo”, cuya reserva a la “aplicación audaz” de la línea política de unidad con el peronismo se manifestaba ahora incluso en miembros del Comité Central. Estos, así como muchos responsables de órganos de dirección, adolecían además de un excesivo personalismo y de una tendencia autoritaria que los había llevado a reemplazar la democracia interna por las órdenes personales, el trabajo con las organizaciones por el trabajo con los hombres.

La extraordinaria perdurabilidad de estas “tendencias sectarias” tenía, sin embargo, explicación en ciertas causas objetivas, entre ellas, la persecución de la que era objeto el partido y sus militantes y el silencio cómplice que los dirigentes obreros y populares peronistas mantenían al respecto. Esto había influido particularmente entre aquellos sectores del partido “insuficientemente” ligados a las masas peronistas y, en primerísimo lugar, en los elementos provenientes de la intelectualidad. Mientras el partido hacía esfuerzos y obtenía éxitos con la política unitaria en los sindicatos, en las fábricas y en las barriadas populares, los intelectuales y los periodistas se hacían eco de la influencia nociva de la “oposición sistemática”, al punto de editar una prensa que en poco se diferenciaba del lenguaje reaccionario de la derecha.⁵ Esta actitud de la intelectualidad, continuaba el texto, se sustentaba además en gruesos errores de análisis. En primer lugar, se había dado por sentado que la mayor parte de las capas pequeño-burguesas – especialmente los intelectuales – eran antiperonistas y que estos eran, además, mayoritarios. De ahí que los comunistas no hicieran sino reflejar la opinión de estos sectores, en realidad minoritarios y resentidos por la política peronista, acompañándolos en su menosprecio hacia la intelectualidad influida por el peronismo, a la que se juzgaba desdeñosamente como el sector más atrasado

5. “Guión para la discusión sobre los resultados de la aplicación de la línea política sancionada por el XI Congreso”, Partido Comunista, Comité Ejecutivo, setiembre de 1952, p. 2 y ss. FHPA/CeDInCI, Carpeta “Debates Crisis Real” y en el mismo archivo “Partido Comunista. Comité Ejecutivo, Nuestras tareas inmediatas”, c. 1952.

de la cultura nacional. A la falsa apreciación sobre la importancia numérica y la jerarquía cultural de los intelectuales opositores, debía sumarse un erróneo diagnóstico sobre sus posiciones políticas. El acento en cuestiones formales, como las histórico-sociales, y no en los problemas inmediatos había trazado una línea divisoria equivocada en el mundo intelectual. En lugar de establecer una polarización entre aquellos que estaban a favor o en contra del imperialismo, a favor o en contra de la soberanía nacional, de la paz o de una verdadera cultura popular:

Aparecía como cuestión fundamental que dividía a la intelectualidad el problema del rosismo o antirrosismo, sin comprender que nosotros estamos más cerca de un rosista antiimperialista que de un antirrosista pro-imperialista. Como es natural, esto tuvo repercusión en el movimiento estudiantil. Allí la línea divisoria no pasaba entre pro-imperialistas y anti-imperialistas, sino entre reformistas y anti-reformistas. No se comprendía que el problema del reformismo es un problema superado ya por el desarrollo del movimiento, de que las nuevas generaciones estudiantiles buscan otros caminos, otras formas de lucha.⁶

Los resortes de la obediencia política se accionaron inmediatamente, y no sin entusiasmo, a pesar de la flagrante contradicción que el nuevo diagnóstico suponía con las posiciones sostenidas en la víspera. Un ejemplo de la suspensión del juicio crítico sobre las obras en pos de su subalternización a las necesidades políticas fue la crítica que *Nuestra Palabra* publicó, bajo la firma de un desconocido F.A., del libro de la pedagoga Berta Perelstein *Positivismo y Antipositivismo en la Argentina* editado ese mismo año por el sello Procyón. En el contexto del viraje partidario, el libro fue criticado precisamente en el punto en que concedía lugar a una de las tesis políticas centrales de la historiografía comunista: que la tarea principal de la cultura progresista argentina era la reivindicación del pensamiento que acompañó la

6. “Guión para la discusión sobre los resultados de la aplicación de la línea política sancionada por el XI Congreso”, Partido Comunista, Comité Ejecutivo, setiembre de 1952, p. 2 y ss. FHPA/CeDInCI, Carpeta “Debates Crisis Real” y en el mismo archivo “Partido Comunista. Comité Ejecutivo, Nuestras tareas inmediatas”, c. 1952, p- 7-8.

revolución de la independencia de mayo de 1810 en contra de las corrientes hispanistas y clericales y los caudillos federales, en especial Juan Manuel de Rosas (CATARUZZA, 2007):

Creemos que no. Que el deber superior de la cultura argentina, hoy, es combatir la influencia deletérea de la “cultura” del imperialismo yanqui y desarrollar lo nacional en la línea de esa ideología [el marxismo-leninismo-estalinismo] en cuyo nombre la autora dice se debe combatir [...] El mérito del pensamiento progresista de Mayo es haber asimilado las ideas nuevas de su época que, interpretando las exigencias del desarrollo de la vida material de la sociedad, facilitaban la lucha por la independencia nacional [...]. Pero de aquí no se desprende que el pensamiento progresista de Mayo sea la ideología que responda con exactitud a las exigencias del desarrollo de la vida material de nuestra sociedad de hoy. En Mayo de 1810 las tareas planteadas a nuestra sociedad no eran las de hoy, no existía, por ejemplo, el imperialismo yanqui.⁷

Es evidente que el impacto de la nueva situación sobre el trabajo cultural fue inmediato y complejo. En el mes de octubre de 1952 se creó una Comisión de Asuntos Culturales que por primera vez reconocía al nivel de las estructuras partidarias la importancia del trabajo en este terreno. Dicha comisión quedó bajo la responsabilidad del ensayista y ocasional crítico literario Julio Notta, con una importante participación de su esposa, la artista plástica Nelly Drobanich. Héctor P. Agosti, en ese momento responsable ante el Comité Central de la Casa de la Cultura Argentina, integrante de la comisión de escritores, co-director de la revista *Cuadernos de Cultura* y la mayor personalidad intelectual del comunismo argentino, no fue convocado ni siquiera como “oyente”, según su propio testimonio (PETRA, 2015; PRADO ACOSTA, 2015).

A los pocos días de creada, la comisión organizó la primera de una serie de discusiones que se extendieron por todo el mes de noviembre, cuyos ejes centrales podemos conocer gracias a las notas que Agosti conservó en su archivo personal y que permiten dilucidar con mayor claridad las

7. “Vida cultural”, en *Nuestra Palabra*, 9 de setiembre de 1952

posiciones que estaban en juego. En esas reuniones, Agosti se esforzó en discutir el problema específico del frente intelectual, comenzando por aceptar las responsabilidades que le competían en la supuesta falta de aplicación de la línea partidaria a pesar de los intentos de unidad con los peronistas que habían tenido su último episodio en el Congreso Argentina de Cultura, al que habían sido invitadas las entidades culturales peronistas (PASOLINI, 2005; PETRA, 2017). Sin embargo, para Agosti esto no tenía que ver con el fondo de la cuestión, que era, en resumidas cuentas, el carácter “ideológicamente reaccionario” del peronismo en el dominio de la cultura. Aunque era posible aceptar las evidentes fisuras con el mundo liberal, no parecía tan sencillo renunciar a una tradición a la que los comunistas pertenecían.

Debo acusarme de haber abrigado demasiadas ilusiones sobre las posibilidades de los llamados liberales argentinos. Fui inconsecuente conmigo mismo, y con las tesis de mi “Echeverría”, acerca de la deformación oligárquica de la cultura: más de una vez percibí este fenómeno, pero es indudable que gravitaban en mí demasiadas ilusiones acerca de la posibilidad de reacción de algunos de estos liberales.

No podríamos decir, sin embargo, como se ha dicho con ligereza, que perdimos nuestras viejas vinculaciones con los intelectuales peronistas: con los nuevos, salvo alguna excepción personal, nunca los tuvimos, y los viejos eran, en su mayor parte, los mismos con quienes habíamos peleado muchos años por su condición de redactores de “El Pampero”. Esto no es un justificativo.

Teníamos, a mi juicio, lo principal, lo que hace más complicada nuestra política en este terreno: el carácter ideológicamente reaccionario de la actividad oficial en el dominio de la cultura, sometido en buena parte a la influencia clerical. “Nueva Era” calificó de fascista la discusión del Congreso Filosófico de Mendoza (nº 2) y en buena parte tiene razón (...) Yo sé que ése no es, desde luego, el pensamiento íntimo de los escritores peronistas (por lo menos de los pocos que yo conozco), pero

es una circunstancia que debemos tener en cuenta para comprender los problemas de un acercamiento entre peronistas y no peronistas.⁸

Existía, entonces, un problema ideológico fundamental y no una mera cuestión formal como sugería el Guión, del mismo modo que la cuestión del “rosismo” estaba lejos de constituir un asunto secundario, pues la abolición de la tradición de Mayo que se propiciaba desde las esferas oficiales tenía un sentido reaccionario con consecuencias en la política práctica. De ahí lo desatinado de la crítica al libro de Berta Perelstein, pues la reivindicación de Mayo no suponía una regresión, sino la recuperación de la escasa tradición emancipadora nacional que la burguesía había abandonado. Para Agosti, en el campo específico de la cultura el problema esencial era otro: la insensibilidad de la intelectualidad frente al fenómeno social significado por las masas peronistas. Esto obedecía a varias causas, pero de ningún modo suponía calificar a todos los escritores como “oligarcas”.

En el campo intelectual más general debía hallárselas en las tendencias aristocratizantes que atravesaban la cultura argentina aun entre sus representantes bienintencionados y que eran acentuadas por la persecución oficial. En el caso de los intelectuales comunistas, en cierta desvinculación de las bases del partido y de los ambientes populares, cuyas consecuencias más evidentes aparecían en la falta de lucha ideológica y en una deficiente formación doctrinaria. Pero lo cierto es que el movimiento intelectual en su conjunto se manifestaba en contra del peronismo, a diferencia de la masa obrera, lo que no obstaba para declinar una acción conjunta basada en una definición ideológica contraria tanto al imperialismo como, remarcaba, a la reacción clerical. En realidad, concluía Agosti, la cuestión pasaba por determinar si el partido debía modificar su caracterización del peronismo y en consecuencia liquidar toda acción conjunta con los viejos partidos, lo que debía ser planteado claramente, pues suponía una revisión de la línea del XI Congreso y de los informes políticos de Victorio Codovilla. La alianza con

8. Héctor P. Agosti, “Discusiones de octubre de 1952”, en FHPA/CEDINCI, Caja 4, Carpeta Papeles de Archivo, p. 2, subrayado en el original. Se refiere al artículo de Berta Perelstein sobre el Congreso Nacional de Filosofía celebrado en Mendoza entre el 30 de marzo y el 9 de abril de 1949 con apoyo del gobierno nacional. Cfr. “El Congreso de Mendoza y la filosofía del peronismo”, en Nueva Era, núm. 2, mayo de 1949, p. 159-167.

las masas peronistas no necesariamente implicaba una alianza con Perón, pues para Agosti la distinción entre el empuje de las masas que buscaban la justicia social y el equipo dirigente constituía un suelo tan ineludible como el hecho de que el partido de vanguardia no podía colocarse al nivel de la “baja conciencia” de las masas que había apoyado al peronismo.

Gremialismo letrado y posiciones culturales

Es importante detenerse en la violencia con que las afirmaciones contenidas en el Guión golpearon las certezas de unos intelectuales que habían basado su identidad cultural en la defensa de las tradiciones liberales y que, aun con dificultades, habían afincado su acción, su sociabilidad y su discurso en el que desde la década de 1930 era el campo “democrático” de la inteligencia argentina. Espacios que para los comunistas eran habituales e incluso que habían ayudado a crear o dirigido, como el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES) o la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), pasaron a ser considerados “cuevas de agentes del imperialismo, de elementos golpistas y reaccionarios y de provocadores policiales”. Mientras que organizaciones profesionales en las que trabajosamente se habían insertado, como el Centro Argentino de Ingenieros, la Confederación Médico-gremial y la Asociación de Abogados, fueron calificadas como “históricamente liquidadas” por albergar elementos antipopulares, oligárquicos e imperialistas. La fabulosa ruptura con su campo de afinidades político-intelectuales y con una cultura compartida, obligaba a los intelectuales comunistas a exponerse al repudio y a una horadación aun mayor del prestigio que algunos habían conseguido en sus respectivos campos de actuación. En la nueva coyuntura se les solicitaba comprender que si las masas les habían dado la espalda a los grupos políticos liberal-burgueses, los comunistas no podían permanecer atados a ese pasado identificado con el fracaso, la inoperancia y la complicidad.

Esto significa que nuestro partido, en la lucha por fundirse con las masas, no debe fijarse si en su camino deja alguna figura del “pasado”, por muy simpática que sea. Una política consecuente de unidad con las masas peronistas, entraña esa posibilidad. El partido debe marchar hacia delante, sin tener en cuenta esos “peligros”. Los hechos convencerán a

aquellos aliados que no comprendan aún a las masas peronistas que no hay otro camino para la solución del país. Los anquilosados, allá ellos. Nuestro partido sigue adelante con las masas, que es el camino de la solución de la independencia, de la democracia y de la paz.⁹

Durante este breve período, los comunistas intensificaron su cruzada contra la “penetración imperialista” en la cultura. La certeza de que los países latinoamericanos debían defenderse del cosmopolitismo que constituía la base de la “ideología yanqui” y sus intentos de disgregación cultural para la región los llevó a apoyar la pretensión del Segundo Plan Quinquenal de “conformar” una cultura nacional de contenido popular y humanista. En setiembre de 1952, por ejemplo, desde las páginas del semanario *Propósitos* el escritor Raúl Larra exhortaba con entusiasmo a los escritores a apoyar el proyecto del diputado peronista Juan José Gobello que establecía que las publicaciones periódicas debían dedicar como mínimo y en cada edición un 75% de su espacio al material literario, informativo, gráfico o publicitario nacional, esto es, producido por argentinos o extranjeros residentes. Para Larra, la iniciativa de Gobello apuntaba a defender la “producción intelectual autóctona” en un doble sentido: la salvaguardaba de la “penetración yanqui” y permitía la creación de puestos de trabajo para los escritores que, en las condiciones de la cultura argentina, sobrevivían de sus colaboraciones en las revistas.¹⁰ La referencia a publicaciones hechas casi íntegramente de traducciones era, por supuesto, una alusión poco implícita a la revista *Sur*, centro de la cultura legítima argentina, si bien la propia revista cultural de los comunistas, *Cuadernos de Cultura*, se componía hasta ese momento íntegramente de traducciones de publicaciones soviéticas y francesas.

Es una iniciativa plausible – se afirmaba también desde *Nuestra Palabra* – y puede ser una herramienta para controlar la infiltración de la ideología

9. Héctor P. Agosti, “Discusiones de octubre de 1952”, en FHPA/CEDINCI, Caja 4, Carpeta Papeles de Archivo, p. 2, subrayado en el original. Se refiere al artículo de Berta Perelstein sobre el Congreso Nacional de Filosofía celebrado en Mendoza entre el 30 de marzo y el 9 de abril de 1949 con apoyo del gobierno nacional. Cfr. “El Congreso de Mendoza y la filosofía del peronismo”, en Nueva Era, núm. 2, mayo de 1949, p. 159-167.

10. Raúl Larra, “Una iniciativa que deben apoyar nuestros escritores”, en *Propósitos*, 5 de setiembre de 1952.

yanqui y un freno a sus pretensiones de hegemonía. Lo yanqui tiende siempre al cosmopolitismo como una manera de disgregar la conciencia nacional. Y en cambio los argentinos y los latinoamericanos necesitamos muy especialmente apoyarnos en una literatura, en un arte, en una información que ayuden a consolidar el espíritu nacional, a desbaratar esos preconceptos de nuestra menor valía, falta de tradición, etc., que son leit motiv en boca de los mercenarios norteamericanos.¹¹

Al mes siguiente de este artículo y al mismo tiempo que en el partido se sucedían tormentosas reuniones, un grupo de escritores comunistas encabezado por Álvaro Yunque estampaba su firma en un documento que llamaba a la conformación de una entidad gremial única de intelectuales mediante la fusión de la SADE con la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA) y el Sindicato Argentino de Escritores, las organizaciones de intelectuales peronistas (FIORUCCI, 2002). En junio de ese año, los mismos comunistas habían convocado sin éxito a una Asamblea Nacional de Intelectuales que tenía como objetivo poner fin a la dispersión de las diversas ramas de la actividad científica y cultural y encauzar la creatividad de los trabajadores intelectuales hacia el encuentro con las masas populares.¹² El movimiento fusionista, como era previsible, fue leído por todo el arco opositor como una maniobra de entreguismo y defección. El periódico socialista *Nuevas Bases* habló de inmediato de una “crisis” del sector intelectual del comunismo criollo que venía a continuar la fractura provocada por las sanciones disciplinarias a los dirigentes Rodolfo Ghioldi y Alcira de la Peña por su reticencia a aceptar el giro político promovido por el secretario de organización.

Bástenos señalar – afirmaban los socialistas – que sus manifestaciones [de la crisis] en este país y en este medio no son más que la consecuencia previsible de una política totalmente desvinculada de las realidades y problemas argentinos a la vez que subordinada a propósitos de hegemonía en el orden internacional, todo lo cual explica que las autoridades del

11. “Vida cultural”, en *Nuestra Palabra*, 23 de setiembre de 1952, p. 7

12. Asamblea Nacional de Intelectuales a realizarse el 27 de junio de 1952 en Capital Federal. Llamado. Fondo Juan Antonio Salceda (FJAS).

partido Comunista hayan podido caer de rodillas ante sus propios torturadores y agresores y expulsar a sus camaradas conspicuos de la víspera, aun convalecientes.¹³

“A los escritores argentinos”, tal el nombre del llamamiento gremial de los comunistas, tuvo una recepción desafortunada en todos los ámbitos, y con la excepción de los propios comunistas, aunque tampoco todos, recibió un repudio generalizado.¹⁴ La propuesta de los comunistas – discutible, pero de contenidos menos escandalosos que inoportunos – estaba organizada en veinte 20 puntos que buscaban mejorar el ejercicio de la profesión literaria mediante la intervención del Estado en la regulación del mercado y la producción editorial, las políticas arancelarias, la exportación, la difusión y el patronazgo y la promoción de autores nacionales.

El articulado fijaba que las editoriales estarían obligadas a publicar un 30 por ciento de “autores argentinos vivos”, cifra que se elevaba a un 50 por ciento para la exhibición de obras en las librerías y a un 65 por ciento para las publicaciones periódicas. Promovía la creación de una oficina nacional encargada de recaudar los derechos pecuniarios de escritores, la obligación de imprimir ediciones baratas “para el pueblo y la clase obrera”, la difusión de la producción literaria nacional por las radiodifusoras privadas y particularmente estatales, la rebaja en la publicidad de los diarios y la creación de un sistema de concursos y premios para los escritores noveles y los “que abordan problemas nacionales en sus obras”. Reclamaba la creación de un sistema de previsión social para los escritores y que el estado reconociera “la labor literaria responsable” como título habilitante para la enseñanza secundaria y universitaria. Aunque en ningún momento mostraba explícita preferencia por géneros y estilos, dos artículos apuntaban a facilitar transporte

13. “Las disidencias en el comunismo criollo”, en Nuevas Bases, Buenos Aires, 30 de noviembre de 1952

14. El documento fue firmado por Álvaro Yunque, Miguel Ángel Speroni, Alfredo Varela, Raúl González Tuñón, Lila Guerrero, Julio Galer, Fina Warschaver, Bernardo Kordon, Raúl Larra, Héctor P. Agosti, Carlos Ruiz Daudet, Héctor Yánover, Juan Enrique Acuña, Juan José Manauta, Juan Antonio Salceda, Juan L. Ortiz, Amaro Villanueva y Nicandro Pereyra. Escritores comunistas o reconocidos “compañeros de ruta” como Leónidas Barletta, José Portogalo, Gerardo Pisarello, Enrique Wernicke o María Rosa Oliver no acompañaron el llamamiento unionista.

y crédito para que los escritores viajaran y conocieran mejor el país para “reflejarlo más verazmente en su producción”, indicando una inclinación por la representación realista y el acento regional, poéticas que tanto peronistas como comunistas cultivaban con destaque.

Encabezado por el poeta, ensayista y dramaturgo Álvaro Yunque, los escritores que aparecían estampando su firma en el manifiesto eran todas figuras más o menos conocidas en los ambientes literarios, aunque ninguno pertenecía a los sectores consagrados de la elite intelectual, no ocupaban cátedras ni circulaban por las publicaciones más prestigiosas. Yunque no solo era el mayor, sino el único que contaba con una extensa obra publicada, anterior a su ingreso al PCA, que lo colocaba como uno de más pertinaces exponentes de la literatura social. Fue el primero entre los intelectuales comunistas en reclamar para la tradición comunista la literatura gauchesca y desde las páginas de la prensa partidaria defendió en repetidas oportunidades la idea de que la “literatura dirigida”, en tanto creación puesta al servicio de la liberación económica y social de los desposeídos, formaba parte esencial de la historia literaria argentina y de la voluntad patriótica y nacionalizadora de sus mejores gobiernos. Sin embargo, y aunque la mayor parte de los firmantes cultivaran alguna variante de poética realista, no puede decirse que todos adhirieran a esa fórmula, como lo demuestra la silenciosa, pero ya entonces nutrida obra del poeta entrerriano Juan L. Ortiz e incluso la poesía civil que desde mediados de la década de 1930 practicaba Raúl González Tuñón. Tanto Alfredo Varela, como Raúl Larra, Carlos Ruiz Daudet y el entrerriano Juan José Manauta habían publicado obras deudoras de un “regionalismo de izquierda” muy potente en los años 1940 y 1950 (ROMANO, 2004).

Más allá de la pertenencia a diversas promociones literarias, la mayor parte de los firmantes había participado activamente en el movimiento antifascista y no pocos habían iniciado su vida política y literaria al calor de organizaciones como la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE). Este era el caso de Ruiz Daudet, un viajante de comercio cuya labor como dinamizador cultural superó la estrechez de su naturalismo literario; y de escritores de provincia como el tandilense Juan Antonio Salceda, de profesión almacenero; y del entrerriano Amaro Villanueva, maestro

y periodista que se dedicó a los estudios etnográficos y folclóricos. Con la excepción del abogado Miguel Ángel Speroni y del contador público tucumano Nicandro Pereira, ninguno de los firmantes logró terminar sus estudios universitarios y repartían su actividad literaria con el periodismo, la traducción y la actividad editorial. Fina Warschaver, esposa del escritor y dirigente Ernesto Giudici, era profesora de historia y autora de dos libros tan elogiados por la crítica como vituperados por la dirigencia comunista (*El retorno de la primera* y *La Casa Modesa*), mientras que la poeta de ascendencia rusa Lila Guerrero (seudónimo de Lilia Iakovlev) ya había iniciado una labor como traductora que incluyó a Gorki, Tolstoi y Maiacovski. El misionero Juan Enrique Acuña alternaba su trabajo poético con el periodismo y el teatro, al que terminó dedicándose por entero. El joven cordobés Héctor Yánover trabajaba en una librería y apenas había publicado su primer libro de poemas. Héctor P. Agosti era el único de la lista cuya producción era netamente ensayística y que ocupaba un cargo de importancia en el aparato cultural del partido, por lo que su firma, un tanto perdida entre las otras, no debería hacer dudar sobre su rol en la gestión del polémico pronunciamiento.

La relación de los comunistas con la SADE era fluida. Desde su creación la organización de escritores contó con su apoyo. En ocasión del primer congreso gremial realizado en 1936, la AIAPE envió una carta de adhesión encabezada con la firma del médico y ensayista Emilio Troise en la que expresaba su solidaridad con los propósitos de la convocatoria y auguraban que la misma serviría para la ansiada unidad de los trabajadores intelectuales.¹⁵ Desde entonces, en cada uno de los congresos hubo presencia de escritores afiliados o cercanos al comunismo, quienes además disputaron con frecuencia la dirección. En las elecciones de 1946 que llevaron a la presidencia al escritor Leónidas Barletta, los comunistas presentaron candidatos en las dos listas contrincantes. Durante la gestión de Barletta, un “compañero de ruta” de los comunistas que, como tal, mantenía relaciones no siempre armoniosas con las estrategias culturales del partido, la SADE sostuvo un programa centrado en la defensa de los intereses gremiales de los escritores. Como ha explicado

15. “Carta al señor secretario del Primer Congreso Gremial de Escritores y por su intermedio a todos los congresales”, Buenos Aires, 12 de noviembre de 1936, Fondo Cayetano Córdova Iturburu (FCCI/CeDIInCI, Carpeta SADE).

Flavia Fiorucci, los intereses de este “comunista ecléctico” se revelaron en su afán de acercar a los escritores a las clases populares mediante un impulso democratizador de la cultura letrada, pero lo mantuvieron en un marco de mesura respecto a las cuestiones políticas generales, las cuales fueron el distintivo de la institución durante la década peronista (FIORUCCI, 2011, p. 73).

Los comunistas también integraron la lista que en 1948 llevó a la presidencia de la entidad a Carlos Alberto Erro, período durante el cual Héctor P. Agosti, desde su cargo de secretario, presentó un proyecto de resolución mediante el cual la entidad convocaba a la realización de un Congreso de Cultura Nacional destinado a conseguir “la unidad de todas las entidades culturales del país desde el punto de vista intelectual para la orientación de una cultura propia argentina dentro de las características de nuestro país y de América, y a considerar los problemas que plantea la defensa económica de cada actividad concurrente [...]”.¹⁶ Apenas unos meses antes de que su firma apareciera avalando la fusión de la SADE con las organizaciones intelectuales peronistas, Agosti repetiría su llamamiento para crear una entidad nacional de intelectuales ante un centenar de escritores que lo agasajaron por la aparición de su *Echeverría* y entre los que se contaban viejos amigos, como Carlos Alberto Erro, Bernardo Canal Feijóo, Samuel Eichelbaum y Roberto Giusti, con quien a propósito de este episodio mantendrá una espinosa polémica pública.¹⁷

Desde un principio, “A los escritores argentinos” retomaba un tópico caro a la tradición de izquierdas en relación a los escritores como grupo social: la original circunstancia de que constituían un “gremio” en el que “ninguno de sus componentes puede vivir del ejercicio de la profesión que ha elegido”.¹⁸

16. Héctor P. Agosti, “Proyecto de resolución”, 27 de marzo de 1950, Fondo Héctor Pablo Agosti (FHPA/CeDInCI, Carpeta SADE) En el mismo mes Agosti presentó dos nuevos proyectos. Uno que establecía la formación de una Comisión Nacional de Homenaje a Estaban Echeverría con motivo del centenario de su muerte y otro que promovía el establecimiento de un departamento Editorial de la SADE.

17. “Sustancia actual de Echeverría. Discursos pronunciados en el homenaje al escritor Héctor P. Agosti con motivo de la aparición de su libro Echeverría”, Buenos Aires, 1952.

18. “A los escritores argentinos”, Buenos Aires, octubre de 1952, FHPA/CeDInCI, Carpeta SADE.

Quienes suscribimos estas páginas hemos manifestado ya en múltiples instancias – en el libro, en la prensa, en la tribuna y en la actividad gremial – nuestra preocupación por los problemas del país y por la condición social del escritor. No es la primera vez que hablamos acerca de las necesidades morales y materiales de este gremio caracterizado por la circunstancia original de que ninguno de sus componentes puede vivir del ejercicio de la profesión que ha elegido. Queremos, por lo mismo, sustentarnos en aquella conducta para hacer escuchar nuestras sugerencias acerca de la imprescindible unidad de acción de los escritores argentinos.¹⁹

En efecto, los comunistas habían cubierto largas páginas sobre las penurias económicas que debían soportar los escritores argentinos – sobre todo aquellos de origen popular – y reclamado tanto la necesidad de su agremiación como la intervención del Estado en materia de derechos laborales, legales y de promoción cultural. No resulta casual que alguien tan fervorosamente entusiasta con la experiencia cultural soviética, como Elías Castelnuovo, haya estado en el origen de la iniciativa con la que algunos intelectuales interesaron a Perón en la creación de la Junta de Intelectuales en 1948. Sin embargo, y aunque los puntos programáticos del manifiesto estuvieran centrados en medidas que pretendían solucionar este antiguo problema, el grueso de la fundamentación era, por supuesto, más política que gremial. Para los comunistas, la SADE había desertado de su original inspiración “antiimperialista y reivindicatoria de la justicia social”, abandonado el espíritu de las resoluciones de sus congresos gremiales y coincidiendo, por omisión o silencio, con los portavoces de la “intromisión imperialista”, de la “aventura cuartelera” y del “golpe estado antipopular”. La negativa de la Comisión Directiva, presidida por Jorge Luis Borges, de llevar a la práctica el anhelado Congreso de la Cultura Nacional, como paso previo a una organización permanente y unitaria de los intelectuales argentinos, era parte de una actitud que reducía el problema político-gremial a la defensa de una libertad en abstracto y desvinculada de la realidad del país.

19. “A los escritores argentinos”, Buenos Aires, octubre de 1952, FHPA/CeDInCI, Carpeta SADE. p. 1.

De esta manera, sutilmente ganada por una actitud aristocrática, la institución se ha ido divorciando de las aspiraciones y sentimientos del conjunto del pueblo, cuyas vivencias y esencias el escritor es llamado a interpretar y estimular.²⁰

Esta actitud, se afirmaba, discordaba con el anhelo de la “mayor parte de los afiliados” a la SADE, de muchos independientes y de los escritores que revistaban en las organizaciones peronistas ADEA y SAE. Para todos ellos, la división de los escritores era nociva para la defensa de sus intereses y, sobre todo, sembraba discordias y descontentos (propiciados por la propia acción del gobierno, se dejaba entrever) que facilitaban las aventuras reaccionarias y la intromisión cultural del imperialismo norteamericano. Lejos de ponderar algún “rosismo antioligárquico”, el llamamiento invocaba el ejemplo de Sarmiento, Gutiérrez, Echeverría y Hernández para insertarse en una tradición que había hecho del ejercicio de las letras una misión siempre vinculada al desarrollo progresivo de la sociedad y a la formación de una conciencia nacional. De este modo, bajo los imperativos políticos de la hora, los intelectuales comunistas fueron capaces de redefinir solo parcialmente su inserción en el espacio cultural del liberalismo para asumir un discurso en el que la definición antiimperialista debía subsumir la antinomia peronismo-antiperonismo. Sin embargo, sería incorrecto pensar que todos los firmantes vivieron aquel distanciamiento como un ejercicio de pura obediencia. Algunos, como el entrerriano Amaro Villanueva, ya venían desplegando una interpretación histórica y una sensibilidad hacia el mundo popular que los alejaban de las aristas más acendradamente liberales del relato canónico comunista. Sin ser peronista, Villanueva colaboraba habitualmente, como también lo hacían Enrique Wernicke y Juan L. Ortiz, en el suplemento literario del diario *La Prensa*, expropiado por el gobierno en 1951 y dirigido por el escritor y periodista César Tiempo (seudónimo de Israel Zeitlin). El propio Agosti, desde la publicación en 1951 de su libro *Echeverría*, empezaba a ensayar un camino de reinterpretación del liberalismo en la historia argentina.

20. “A los escritores argentinos”, Buenos Aires, octubre de 1952, FHPA/CeDInCI, Carpeta SADE.

Lógicas en pugna: lecturas y derivas

En un campo intelectual dividido de un modo tajante entre peronistas y antiperonistas, sin embargo, una cosa era reflexionar sobre las causas que habían llevado a la inteligencia a un histórico divorcio con las masas populares y otra, muy distinta, sugerir que la SADE renunciara a su autonomía para confraternizar con los desprestigiados intelectuales peronistas. Faltarán todavía algunos años para que el “hecho peronista” haga sistema con la crisis de la intelectualidad liberal. En las condiciones de 1952, la política unitaria impulsada por la dirigencia comunista no podía ser sino un rotundo fracaso y un total desprestigio para quienes, como Agosti, se habían ganado el reconocimiento y el respeto de sus pares. En un país donde ser un intelectual comunista jamás significó una posición prestigiosa, Agosti la había obtenido *a pesar de ser comunista*.

Si bien ciertos intelectuales comunistas, sobre todo escritores del interior y escasamente integrados a los circuitos de consagración intelectual fuera del propio partido, podían ver con beneplácito las críticas lanzadas contra la SADE e incluso sugirieran “prenderla fuego”,²¹ lo cierto es que oficialmente el comunismo intelectual se había opuesto sistemáticamente a todas las iniciativas del gobierno de organizar la actividad intelectual – desde la Junta de Intelectuales hasta el Instituto Nacional de Folclore –, tildándolas de avanzadas falangistas, clericales, hispanófilas, oscurantistas, antidemocráticas y todos los epítetos imaginables que le fueran consonantes. El propio Agosti, en una carta dirigida a sus camaradas con el propósito de fijar su postura sobre la convocatoria de Perón a la conformación de la Junta Nacional de Intelectuales, afirmaba que de ningún modo los intelectuales comunistas podían aceptar una propuesta claramente inscripta en los intentos de corporativización total de la vida argentina.

De manera, pues, que resulta ridículo reivindicar la reposición de los profesores y el levantamiento de la clausura de algún periódico partidario como condiciones para una probable colaboración con el

21. Carta de Santos Aguilera a Héctor P. Agosti, Buenos Aires, 26 de octubre de 1952, FHPA/CeDInCI, Carpeta SADE.

plan de gobierno. El problema es más de fondo, porque aquí se trata de la estructuración de una ideología antiargentina en nombre de la argentinidad (cuyos atributos no están solamente en los ciudadanos que puedan contar con muchos antepasados, como el representante de la SADE, que al mismo tiempo se permite la impudicia de afirmar que en la Comisión Nacional de Cultura no ha encontrado diferencias ideológicas), de una virtual ofensiva contra el espíritu permanente y creador de la Revolución de Mayo.²²

Con estos antecedentes, la nueva posición resultaba, para algunos “fieles amigos” de la intelectualidad liberal, desconcertante y hasta dramática. El momento político tampoco era el más adecuado. En 1952 el gobierno viró hacia un decisivo intervencionismo en materia cultural y profundizó las prácticas de censura y persecución del arco opositor (cuyo blanco directo, por otro lado, fueron los comunistas). Según Fiorucci, al menos hasta 1950, el proyecto cultural del peronismo se presentó como una continuación de las políticas de regulación y apoyo estatal a la cultura que se venían implementando desde la década de 1930, tanto en la Argentina como en varios países del mundo (FIORUCCI, 2008). En efecto, mediante la creación de diversas dependencias estatales, como la Subsecretaría de Cultura, y la promoción de organismos culturales e instancias de organización de la actividad cultural, el gobierno peronista intentó dinamizar una política cultural activa que fue acompañada de importantes inversiones en materia de producción y consumo cultural, particularmente entre los sectores populares.

Sin embargo, al menos en lo que atañe al apoyo de los sectores intelectuales y a los intentos de crear instancias para su organización y participación en la estructura estatal, todos los proyectos terminaron en rotundos fracasos, como quedó demostrado en el languidecimiento de la Junta de Intelectuales y del Estatuto del trabajador intelectual, al que la prensa comunista calificó como un intento de “intimidar el espíritu creador del intelectual argentino y uniformar el pensamiento dentro de los moldes de la concepción clerical-falangista”.²³ En 1950, con la asunción de Armando Méndez de San Martín

22. Carta de Héctor P. Agosti, 19 de diciembre de 1947, FHPA/CeDInCI, Carpeta SADE.

23. “El estatuto de los intelectuales tiene la marca de Hugo Wast”, en *Orientación*, 22 de junio de 1949.

como nuevo ministro de Educación, la subsecretaria de Cultura fue degradada al rango de Dirección y su presupuesto se recortó sensiblemente, aunque los intentos gubernamentales por intervenir en el campo cultural no cesaron, si bien cambiaron de signo. Una de las medidas más polémicas fue la ley que reglamentaba el funcionamiento de las Academias Nacionales y las colocaba bajo la fiscalización del Poder Ejecutivo Nacional, lo que fue rechazado aiosamente por los propios académicos, que dimitieron en masa y paralizaron el funcionamiento de estas instituciones. En 1952, en el marco del Segundo Plan Quinquenal, la voluntad intervencionista y poco seductora del gobierno en materia cultural se acentuó, incluyendo la designación al frente de la dirección del área de Raúl de Oromi, hasta ese momento mano derecha de Raúl Alejandro Apold en la tristemente célebre Secretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación.

[...] a partir de 1952, la gestión de la nueva burocracia estatal languideció por completo y el estado pasó a convertirse en un verdadero desorganizador del mundo letrado mostrando sus aristas más censoras. Varias instituciones de la cultura local tales como la Sociedad Argentina de Escritores, el Museo Social o el Colegio Libre de Estudios Superiores experimentaron a partir de 1952 diversos episodios de censura (FIORUCCI, 2008, p. 73).

En efecto, difícilmente pudiera existir contexto más desafortunado para promover que la SADE tomara las banderas de la justicia social para confraternizar con el oficialismo. En el mes de agosto una resolución policial impuso el cese de sus actividades públicas, lo que también ocurrió con el CLES y la Sociedad Científica Argentina, entre otras instituciones culturales juzgadas “opositoras”.²⁴ A pesar de la sincera negativa de los comunistas a aceptar que el llamamiento de unidad estuviera relacionado con la intervención policial, la casi simultaneidad de ambos acontecimientos hizo difícil la distinción,

24. Esta situación se extendió por el lapso de un año. El 19 de agosto de 1953 una delegación de la SADE integrada por Manuel Mújica Láinez, Romualdo Brughetti, José Luis Lanuza, Roberto Giusti y Julio Rinaldini se entrevistó con Perón a fin de plantearle el carácter puramente cultural y “apolítico” de sus actividades y su voluntad de acompañar los propósitos de convivencia pacífica expresados por el gobierno. Perón intervino favorablemente y la SADE pudo celebrar su asamblea de renovación de autoridades y continuar con sus actividades hasta julio de 1954, cuando por decreto policial fueron nuevamente prohibidas.

por lo que su “formidable voltereta” tuvo repercusiones gravosas y dio pie a una acalorada polémica entre Agosti, entonces director de *Cuadernos de Cultura*, y el escritor Roberto Giusti, quien arremetió sin miramientos contra lo que con gran consenso se evaluó como un intento de “entrega a la dictadura” de las mejores tradiciones culturales argentinas. Otras opiniones, menos escandalizadas por el súbito cambio de marcha – al que de todas maneras apoyaron – igualmente señalaron la inconsecuencia que suponía demonizar una institución que hasta la víspera habían avalado, incluso integrando sus órganos directivos. Este fue el caso de la escritora Alicia Ortiz, esposa de Carlos Dujovne, fervoroso militante y dinamizador cultural comunista que abandonó el partido en 1947 por disidencias con respecto a la caracterización del peronismo, cayendo en el olvido y el anatema que era usual en estos casos. En una carta dirigida a Agosti, la escritora celebraba la toma de posición adoptada, aunque consideraba injusta las acusaciones realizadas a la SADE, cuya función en la “lucha contra el imperialismo” nunca había sido tan evidente como para reprocharle que hubiera renunciado a ejercerla. Por otra parte, apuntaba, los intelectuales comunistas tenían tanto que explicar sobre sus culpas en los acontecimientos políticos recientes, que la actitud pontificadora y de última hora que habían adoptado era, por lo menos, chocante.

No defenderé a la SADE. Ya sabemos que se había transformado en un centro elegante en donde lucían sus toilettes más de una dama con tres apellidos. Y los programas de trabajo de los últimos años han sido lamentables. Hace tiempo que no paso siquiera por la acera de enfrente. También era un nido de opositores a la violeta. Pero no puede negarse que, en gran medida, esta actitud se debía a una posición democrática cegatona, que repudiaba en el peronismo lo que cada uno de nosotros repudia también: es decir, su falta de democracia, su demagogia, sus actitudes carnavalescas. No han visto más. A algunos de estos demócratas no les interesarían, muy probablemente, las ventajas logradas por la clase obrera, la liberación económica y antiimperialista. Pero otros estaban sinceramente creídos – y la propaganda de todos los partidos políticos de la oposición los afirmaba en su creencia – de que íbamos al fascismo.

¿Cómo es posible que no se indignen ahora del vuelco fundamental que uds. han dado y, por añadidura, de que los hagan cargar a ellos con la culpa de viejas posiciones bastante parecidas? [...] En fin, a la larga, y como sea, estoy convencida de que esta política será efectiva, pues ahora están en lo justo, siempre que no pasen al otro lado, pues todas las exageraciones son malas. Yo, por mi parte, no me afiliaría a ninguna agrupación peronista y francamente, aquí entre nosotros, te digo que confraternizar con el Sindicato de Escritores Peronistas me sería, por lo menos, ligeramente difícil.²⁵

Como bien advirtió el dirigente Fernando Nadra una vez que Victorio Codovilla puso fin a la aventura peronista de Real, en el frente cultural la “peronización” había llegado lejos. Sin duda, en ese exceso el más perjudicado fue Agosti, pues se vio obligado a defender con celo una postura que apenas unos meses después el partido juzgó propia de la actividad fraccionalista de un renegado. Como ocurrirá en otras oportunidades, y como ya había ocurrido, la injerencia del partido en los asuntos de la cultura, su total imposibilidad de comprender las lógicas de funcionamiento del espacio intelectual, echó por tierra las posiciones y logros de muchos de sus intelectuales y, no pocas veces, minó su prestigio y empeñó su credibilidad. Agosti, en el lapso de pocos meses, pasó de ser aplaudido, homenajeado y considerado una de las más altas autoridades culturales del país a convertirse en un obsecuente ejecutor de una maniobra de alta traición política.

Sin embargo, también es cierto que otros intelectuales y escritores igualmente comprometidos con el partido no aparecieron avalando el llamamiento, evitándose así la exposición pública que él debió soportar. La resistencia de los “elementos de la intelectualidad” al giro promovido por Real fue importante, aunque limitada por las propias lógicas de la disciplina partidaria. Si Rodolfo Ghioldi, máxima autoridad del partido desde la década de 1920, no pudo hacer mucho por impedir el movimiento de Real y terminó sancionado, personajes como Agosti, siempre sospechosos de inconsecuencia, se encontraban en una situación difícil. De ahí que en la reunión en la que

25. Carta de Alicia Ortíz a Héctor P. Agosti, Buenos Aires, noviembre de 1952. FHPA/CeDInCI, Carpeta SADE.

Codovilla, una vez de regreso al país, puso fin al viraje peronista impulsado por Real, Agosti reclamara que se dilucidaran las responsabilidades colectivas de la dirección del partido, a cuyas orientaciones habían respondido las bases según el “sano sentimiento” de acatamiento que les correspondía, cualidad que, enfatizaba, no debía impedir una seria reflexión sobre la diferencia entre la “disciplina consciente” y la pura obediencia.

Me niego a la solución fácil de buscar un responsable individual, mientras no se demuestre la falsedad de las resoluciones superiores invocadas (Porque ésa era la situación de los compañeros que tenían dudas: verse en la obligación de enfrentar a la dirección. No lo digo como justificación).²⁶

En definitiva, el episodio revela claramente las contradicciones entre la lógica del funcionamiento partidario a la que Agosti respondió aun con reservas y las lógicas del campo intelectual que lo condenó por esa misma razón. Sin embargo, es necesario destacar que la intervención de Agosti no puede leerse únicamente como un acto de sumisión a la autoridad partidaria, pues si por un lado logró que el debate público no recayera completamente en el tono peronizante que la coyuntura permitía esperar, por otro se enmarcó en un proceso de reflexión intelectual caracterizado por una ruptura todavía discreta con la intelectualidad liberal que había iniciado con *Echeverría*. Ese fue el contexto intelectual de sus críticas a la SADE, a su tibieza política y a su escaso entusiasmo con la idea de una cultura militante capaz de tender un puente hacia el mundo popular que, aún a su pesar, había elegido el peronismo. Varios años después, cuando le toque evocar ese momento, lo presentará como una batalla personal, costosa pero eficiente:

Ese duro año [1952], en que me debatía como ser solitario entre la desconfianza de los amigos y las lápidas de silencio de los adversarios, fue, sin embargo, beneficioso y clarificador porque, si no totalmente, alcanzó a resguardarnos contra el relativo sectarismo político que pudo producirse como rechazo a las torpes maniobras de Real y sus secuaces (AGOSTI, s/d, p. 80).

26. Héctor P. Agosti, “Intervención de H.A. el 21-2-53”, FHPA/CeDIInCI, Carpeta Papeles Personales.

Durante las sesiones del Comité Central Ampliado de setiembre de 1954, la cuestión de los intelectuales fue planteada por primera vez en términos precisos. Bajo los ecos de la crisis, el informe de Rodolfo Ghioldi destacó que en el terreno de la cultura el retroceso había sido enorme, pues se habían comprometido no solo las tareas del partido, sino, sobre todo, el prestigio de muchos camaradas. Sin embargo, agregaba, nadie podría sorprenderse si recordaba que el problema seguía siendo la constante resistencia de los intelectuales a asimilar la “línea del partido”, la que menospreciaban. En las nuevas condiciones impuestas por la lucha contra el imperialismo y la oligarquía, que ahora adoptaba la forma política de un Frente Democrático Nacional, los intelectuales debían combatir tanto el “sectarismo crítico” como su tendencia al vanguardismo, pero, además, asumir que la resistencia al “cosmopolitismo” los obligaba a plantear que también en el terreno de la cultura existían “dos mundos” y que esta división no podía desaparecer por más necesaria que fuera la amplitud y la búsqueda de aliados.²⁷

En definitiva, el episodio Real tuvo la paradójica función de acelerar el proceso de autonomización del comunismo respecto al campo intelectual liberal, tanto a nivel de las estructuras como de los contenidos ideológicos. En una como en otra dimensión la figura de Agosti fue fundamental, pues desde entonces su lugar en el partido se consolidó. A lo largo de la siguiente década, concentrará los cargos de responsable del frente cultural, director de *Cuadernos de Cultura*, director del seminario *Nuestra Palabra* y, sobre todo, única figura pública con proyección continental que tuvo el comunismo argentino después de Aníbal Ponce. Su trabajo de traducción y edición de la obra de Antonio Gramsci, que se inició de forma paralela al proceso aquí analizado, fue el punto de partida tanto de un intento de renovación del espacio cultural comunista como de una reflexión sobre las relaciones entre marxismo, cultura y nación que dejará una huella perdurable en generaciones posteriores, como fue el caso del José María Aricó y el grupo reunido en torno a la revista *Pasado y Presente*.

27. “Se realizó un importante Comité Central Ampliado del Partido Comunista”, en *Nuestra Palabra*, 21 de setiembre de 1954, p. 3.